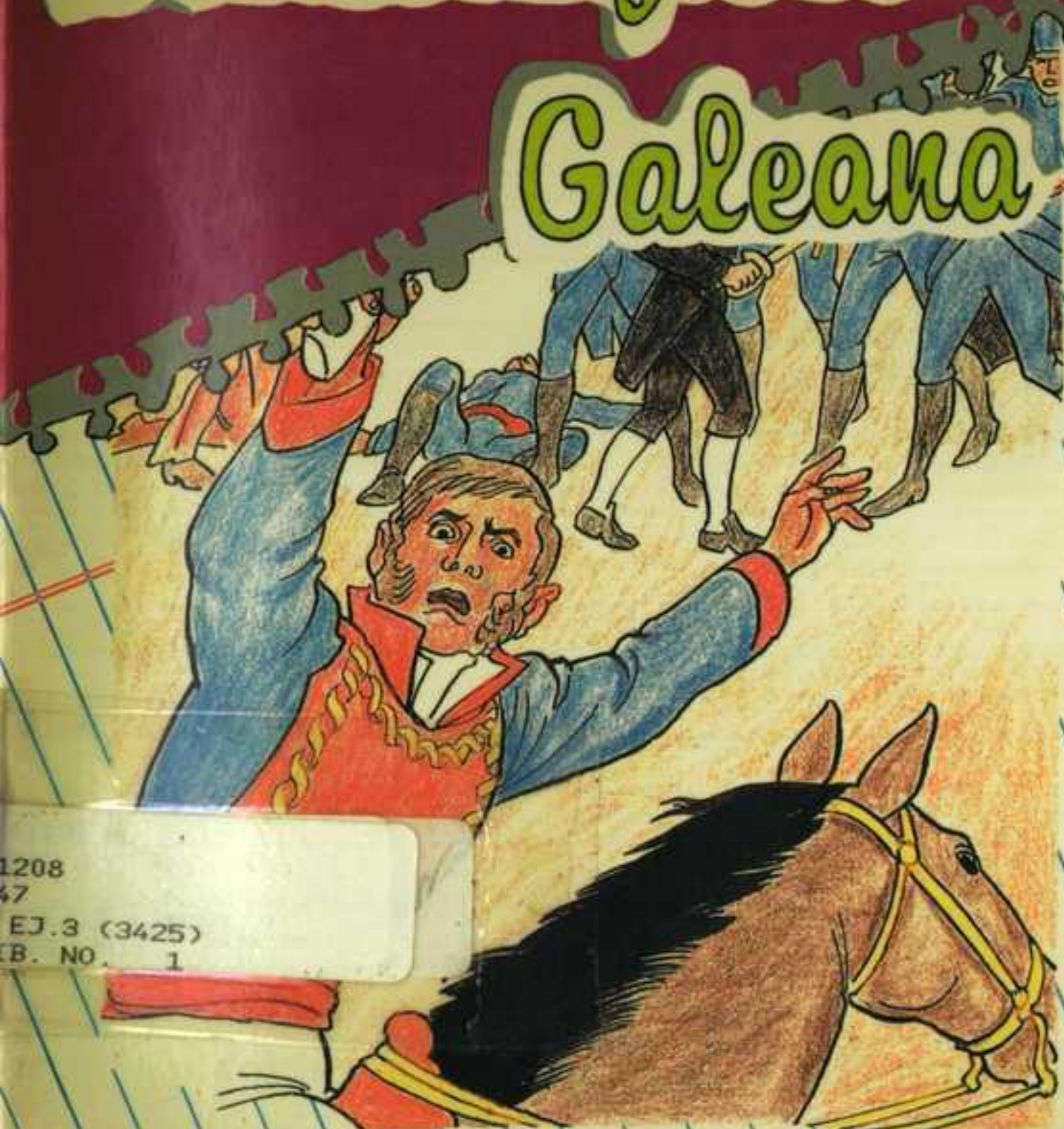


BIOGRAFIAS PARA NIÑOS

Hermenegildo

Galeana



1208

47

EJ.3 (3425)

IB. NO. 1

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA REVOLUCION MEXICANA

594
BIOGRAFÍAS PARA NIÑOS

Hermenegildo

Galeana



0365

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

F1208
H-97
C.3
PH-3425



Secretario de Gobernación
Lic. Manuel Bartlett Díaz

Subsecretario de Gobernación
Dr. Fernando Pérez Correa

Patronato del INEHRM
Dr. Juan Rebolledo Gout (vocal ejecutivo)
Lic. Florencio Barrera Fuentes
Sr. Mauricio Magdaleno
Profr. Jesús Romero Flores

Hermenegildo Galeana

Hermenegildo Galeana nació en Tecpan, pequeño poblado cercano a la costa, en el actual estado de Guerrero, el 13 de abril de 1762. Se dice que él y su familia descendían de un pirata inglés que había naufragado cerca de ese lugar a principios del siglo XVIII:

“Una noche de verano del año de 1719, un galeón luchaba inútilmente contra la furia del mar embravecido por el viento que, en pocos minutos, había alcanzado una gran fuerza”.

El barco formaba parte de una flota pagada por comerciantes ingleses. Tales barcos se dedicaban a tomar por asalto los ricos galeones españoles



cargados de mercancías que traían del oriente hacia la Nueva España.

Dos de sus tripulantes, los hermanos Galen, hacía poco tiempo que se habían embarcado en un puerto de Inglaterra, en busca de fortuna, pues lo que ganaban como agricultores no era mucho, y de las pocas ganancias que obtenían debían de pagar renta al amo y señor de estas tierras.

Con la esperanza de una buena paga, se embarcaron, hasta que un día naufragaron en tierras muy, muy lejanas de su patria.

Esa noche de tormenta se encontraban en el océano Pacífico, frente al litoral del actual estado de Guerrero. Después de varias horas de luchar inútilmente contra la naturaleza, grandes olas lanzaron con furia al barco, que fue a encallar en unas rocas cercanas a la costa.

Al amanecer, sobre la playa se encontraban, exhaustos, los Galen. No sabían cómo habían llegado a la orilla. Delante de ellos se alzaban altas rocas. De repente, se dieron cuenta de que varios hombres les hacían señas desde arriba, al mismo tiempo que decían:

—No se preocupen, bajaremos a ayudarlos.

Los Galen no entendieron nada. Ellos hablaban inglés y no sabían el español, pero por el tono amable de la voz comprendieron que aquellos hombres no querían hacerles daño.

Los habitantes de Tecpan —lugar cercano a la playa a la que habían sido lanzados por las olas— eran en su mayoría negros y mestizos. Había muy pocos blancos. Les ofrecieron un lugar donde dormir y les dieron alimentos; pocos

días después los ayudaron a rescatar del barco todo lo que pudiera servirles para iniciar una nueva vida en América.

Al principio fue difícil. No conocían el idioma ni las costumbres; el clima cálido era agobiante. No obstante, la región era un paraíso, en el que se daba una gran variedad de frutos que los doctores ingleses desconocían.

Con los doblones —moneda de oro española— que lograron recuperar, los Galen volvieron a trabajar la tierra, labor a la que se habían dedicado sus antepasados durante siglos.

John Galen se casó con una mestiza. Tuvieron dos hijos: Juan José y Antonio, quien cuando se casó tuvo cinco hijos, uno de los cuales fue Hermenegildo, personaje de nuestra historia.

En su infancia, Hermenegildo convivió y jugó no sólo con sus hermanos y sus primos sino con los niños negros, mestizos, blancos e indios, los cuales ignoraban que el gobierno virreinal, por órdenes de la Corona española, separaba a los habitantes de la Nueva España según el color de su piel. En Tecpan la naturaleza hacía a todos iguales y ofrecía sus frutos al que sabía trabajar la tierra.

Hermenegildo y sus amigos pasaron sus

primeros años aprendiendo a pescar, a cazar aves y pequeños animales del monte y a recolectar frutos. No había escuelas. El único que podría haberles enseñado a leer era el párroco, pero vivía a varios kilómetros de distancia.

La educación de Hermenegildo Galeana, de sus hermanos y de sus primos fue la principal preocupación de su abuelo John. No quería que los Galen —ahora castellanizado como Galeana—, fueran analfabetos. Sin embargo no pudo ver realizado su sueño; se tuvo que conformar con contarles leyendas de su país, sobre sus costumbres y acerca del clima. Los niños nunca pudieron imaginarse cómo se veía la tierra toda cubierta por la nieve durante meses y meses. ¡Fríó y nieve era algo que nunca tendrían en Tecpan! Si no hubiera sido porque lo decía el abuelo, no lo creerían.

Otras veces les contaba las aventuras pasadas durante sus años de pirata. Ante los ojos de los niños desfilaban las figuras de hombres robustos que usaban con destreza todo tipo de armas: el sable, la espada, el arcabuz.

Para los niños fue muy triste la muerte del abuelo John. Durante mucho tiempo no supieron cómo llenar el vacío de esas largas horas que



pasaban con él, escuchándolo contar sus historias.

Pero la infancia pasa de prisa y en el campo se tiene que ganar el pan desde pequeño. Pronto aprendieron a sembrar y a cosechar el algodón, entre otros trabajos.

Un día, cuando el joven Hermenegildo caminaba por las calles del pueblo, vio cómo un rico hacendado y funcionario del gobierno le daba un golpe con un fuste a uno de sus amigos. Sin dudarle un momento, le arrebató el fuste y le dio además un buen puñetazo.

Repuesto del sorpresivo ataque el hacendado, le dijo indignado a Hermenegildo:

—¡Eh, muchacho! ¿Qué te pasa? Yo tengo derecho a golpear a éste y a toda su familia porque me pertenecen.

Hermenegildo le dijo que se fuera de inmediato porque le daría el mismo número de fuetazos que le había dado a su amigo. Ante el temor de que Hermenegildo cumpliera sus amenazas, el hombre se retiró lo más pronto que pudo, jurando vengarse.

Hermenegildo tuvo que irse a vivir a la Hacienda del Zanjón, propiedad de un primo suyo. Ahí permaneció varios años. Se casó con una joven del lugar, que murió seis meses después.

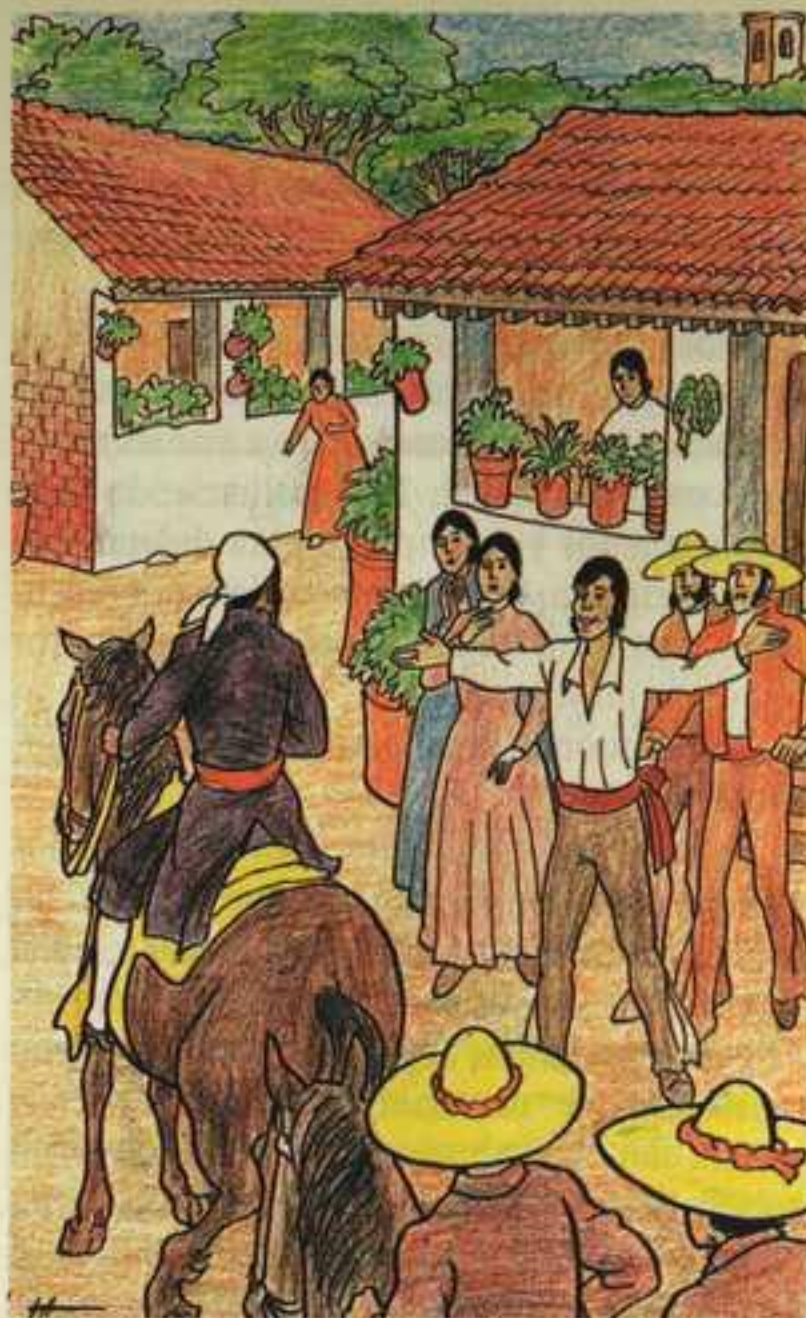
No volvió a casarse; se dedicó a su familia, especialmente a sus sobrinos Pablo y Luis Galeana.

—*JOSÉ MARÍA MORELOS INSURRECCIONA EL SUR*

Al estallar el movimiento de independencia, encabezado por Miguel Hidalgo y Costilla en septiembre de 1810, varios de sus discípulos se vinieron a su lucha. Entre ellos se encontraba Morelos, quien salió de su curato con un pequeño grupo formado por veinticinco hombres mal armados. Al situarse en El Veladero, lugar desde el que pensaba poner sitio al puerto de Acapulco, Morelos contaba ya con más de tres mil hombres, incluida la familia Galeana.

Cuando Morelos llegó al poblado de Tecpan fue recibido en casa de los Galeana con muestras de felicidad.

Hermenegildo Galeana ya era un hombre de cuarenta y ocho años. En la región le llamaban cariñosamente *tata Gildo*. Al ver a Morelos, lo



recibió con los brazos abiertos, al tiempo que le decía:

—Señor, es un honor tenerlo en nuestra casa. Mi familia y yo estábamos ansiosos por verlo. Últimamente se habla mucho de usted, del *Rayo del sur*, como le dicen ya los lugareños.

—Sí, es cierto —respondió Morelos—, le hemos dado ya varios dolores de cabeza al gobierno y a sus militares. Pero a este *Rayo del sur*, como dice usted, le están haciendo falta varios truenos y relámpagos para desatar una buena tormenta. Con esto quiero decir que espero se nos unan con toda su gente, para que juntos logremos mayores éxitos.

José Antonio, hermano de Hermenegildo, contestó:

—Señor, mi familia lleva ya muchos años en estas tierras. La gente nos quiere. Aquí no hay esclavos; hay trabajadores que nos ayudan a las faenas del campo. Pero nos seguirán sin lugar a dudas para ayudar a que otros sean libres.

Después Hermenegildo dijo:

—Cuando mi abuelo y su hermano llegaron a estas tierras dejaron las armas y se volvieron agricultores, hombres de paz. Pero si ahora es necesario volver a tomar las armas para lograr

que todos vivan mejor, lo haremos. —La decisión ya está tomada —volvió a intervenir su hermano José Antonio—. Nos iremos todos.

Por último, intervino en la conversación el joven Pablo Galeana, sobrino de Hermenegildo:

—Aunque mi tío ha dicho ya cuál es nuestra decisión, quisiera decir que no sólo iremos a la guerra los más jóvenes de los Galeana, que somos mi hermano Luis y yo, sino también el más viejo. Creo que será de gran ayuda. Espero que estén de acuerdo.

Morelos dijo sorprendido:

—¿Cómo que el más viejo? Yo siempre creí que era don Gildo —esto lo dijo en tono de broma.

A lo cual Pablo Galeana contestó:

—Señor, déjeme explicarle. La familia Galena, como recuerdo de su origen, o más bien de su antiguo oficio, que era la piratería, conserva un pequeño cañón al que todos llamamos El Niño y, aunque ya tiene más de cien años, estoy seguro de que aún dispara.

Después de la risa general, uno de los acompañantes de Morelos comentó que era una idea muy buena, porque un militar realista había



mandado a fabricar un poderoso cañón al que le había puesto por nombre El Mata-Morelos.

—LOS DOS CAÑONES SE ENFRENTAN—

Meses más tarde, El Niño no sólo venció al poderoso cañón Mata-Morelos, sino que fue una gran ayuda para los insurgentes en muchas batallas. Lamentablemente al salir los insurgentes de la villa de Cuautla tuvo que ser abandonado junto con toda la artillería pesada.

—CAMINO A CHILPANCINGO—

El ejército insurgente, al mando de José María Morelos, aumentaba cada día. Además de los Galeana se había unido al movimiento la familia Bravo: Miguel, Víctor, Leonardo y su hijo Nicolás.

Después de intentar inútilmente tomar el puerto de Acapulco, Morelos decidió ir a Chilpancingo, ya que era el poblado más grande en esa región.

El regimiento de Galeana y el de los Bravo se adelantaron al resto de la tropa. Al llegar a la Hacienda de Chichihualco, propiedad de los Bravo, decidieron descansar y proveerse de víveres. El comandante realista Garrote sorprendió a una parte de la tropa insurgente. Hermenegildo Galeana corrió en busca de su gente que, en su mayoría eran negros. Estos se bañaban tranquilamente en el río, cuando escucharon la voz de alarma. Tomaron sus machetes y, desnudos como estaban, se lanzaron a atacar a los realistas al mismo tiempo que gritaban: “¡Galeana! ¡Galeana!” Durante mucho tiempo este grito de guerra causó terror al enemigo.

A los pocos días llegaron a Chilpancingo. Los vecinos no se espantaron ante la presencia de los “demonios de Morelos”, como les habían dicho. Por el contrario, hubo un banquete, y la casa en la que se hospedaron Morelos y los oficiales fue adornada con infinidad de flores.

Los realistas se habían retirado hacia la vecina población de Tixtla, ciudad natal de Vicente Guerrero, con tropas de refuerzo, pensaban hacerle frente a los insurgentes.

Tecpan fue tomado rápidamente. El

regimiento dirigido por Galeana y Vicente Guerrero, avanzó a campo abierto, o bien horadando casas hasta llegar a las últimas fortificaciones de la plaza, donde un grupo de partidarios del gobierno aún resistía desesperadamente. Pero al ver que las tropas insurgentes avanzaban sin que nada pudiera detenerlas se rindieron de inmediato.

De Tixtla pasó el ejército insurgente a Chilapa. Allí Galeana recibió el mando de una de las tres divisiones del ejército, por el valor que había demostrado en todas las batallas y por su capacidad para dirigir los ataques contra el enemigo.

Después de la toma de Tixtla y de Chilapa, a mediados de 1811, Galeana y su tropa lograron varias victorias.

En febrero de 1812, a solicitud del general Morelos, se dirigieron a Cuautla, donde se enfrentarían a las poderosas divisiones del general realista Félix María Calleja, quien se había distinguido como el principal vencedor de los insurgentes. En Aculco y Puente Calderón había derrotado a don Miguel Hidalgo y a Ignacio Allende, y después a Ignacio López Rayón y al guerrillero Benedicto López, quienes se

habían fortificado en la villa de Zitácuaro, en Michoacán.

El gobierno virreinal consideraba a Morelos y a su ejército como los principales enemigos a vencer. La insurrección se había extendido por casi todo el territorio, lo que provocó que la ciudad de México padeciera escasez de alimentos y que estuviera incomunicada casi por completo. En otras ciudades la minería y el comercio estaban casi paralizados. El virrey veía como única solución al problema la destrucción de las fuerzas comandadas por Morelos.

Con este propósito, y seguro de que triunfaría en unos cuantos días, el general realista Calleja se dirigió a Cuautla.

La ciudad estaba ubicada en un terreno un poco más elevado que el llano que la rodeaba, por lo que desde allí se podía observar una amplia zona. El agua a la ciudad entraba por el oeste, por un acueducto que terminaba en la capilla del Calvario. Al oriente, las lomas de Zacatepec estaban separadas de la población por un río que les sirvió a los insurgentes como defensa.

Días antes del sitio, una guarnición insurgente al mando de don Leonardo Bravo —padre de Nicolás Bravo—, dirigió las trincheras y la

fortificación de Cuautla. También supervisó el aprovisionamiento de comida. Respecto al agua para beber, se pensó que sería suficiente la que había en el pueblo.

A los pocos días de empezar el sitio de Cuautla, el general Calleja se dio cuenta de que esta vez no le sería tan fácil “desbaratar a la masa de insurgentes”. Un día, Morelos quiso salir junto con la caballería a atacar la retaguardia realista; pero al darse cuenta, Calleja reunió a un numeroso grupo de soldados que hizo que los insurgentes retrocedieran en desorden. Morelos se vio rodeado por el enemigo. Desde una de las torres, un vigía le avisó a Hermenegildo Galeana lo que estaba sucediendo:

—Mi coronel, nuestro general Morelos está rodeado de enemigos.

De inmediato Galeana llamó a su compañía, gritando:

—¡A mí los valientes! ¡Sable en mano contra ellos!

Salieron a galope y en breves momentos llegaron hasta donde estaba el general Morelos. El enemigo emprendió la retirada sin disparar sus armas, atemorizado por el valor que demostraban las fuerzas de Galeana.



Al día siguiente Calleja ordenó el asalto a la población. A Hermenegildo Galeana le tocó defender el punto de mayor peligro.

El sitio defendido fue atacado por los realistas durante horas, al grado que Pablo Galeana abandonó la trinchera que defendía para ir a reforzar a su tío Hermenegildo. Al ver el punto abandonado, un regimiento realista estuvo a punto de entrar. Se dice que fue el joven Narciso García Mendoza quien, sin dudar un momento, prendió la mecha de un cañón, destrozando casi por completo la columna enemiga.

Al ver la obstinada defensa que hacían los insurgentes, ayudados por la población, Calleja pensó que lo único por lo que podría derrotarlos sería por la falta de agua y de víveres. Entonces ordenó cortar el agua. Sin embargo, Hermenegildo Galeana logró hacer que el agua volviera a correr libremente, al atacar al destacamento realista que vigilaba la presa de Juchitengo. Y no conforme con esto, para evitar que los realistas volvieran a apoderarse de este punto hizo un torreón cerrado para vigilar el agua. Los muros fueron contruidos bajo el fuego enemigo.

Para el mes de abril, la situación de Calleja

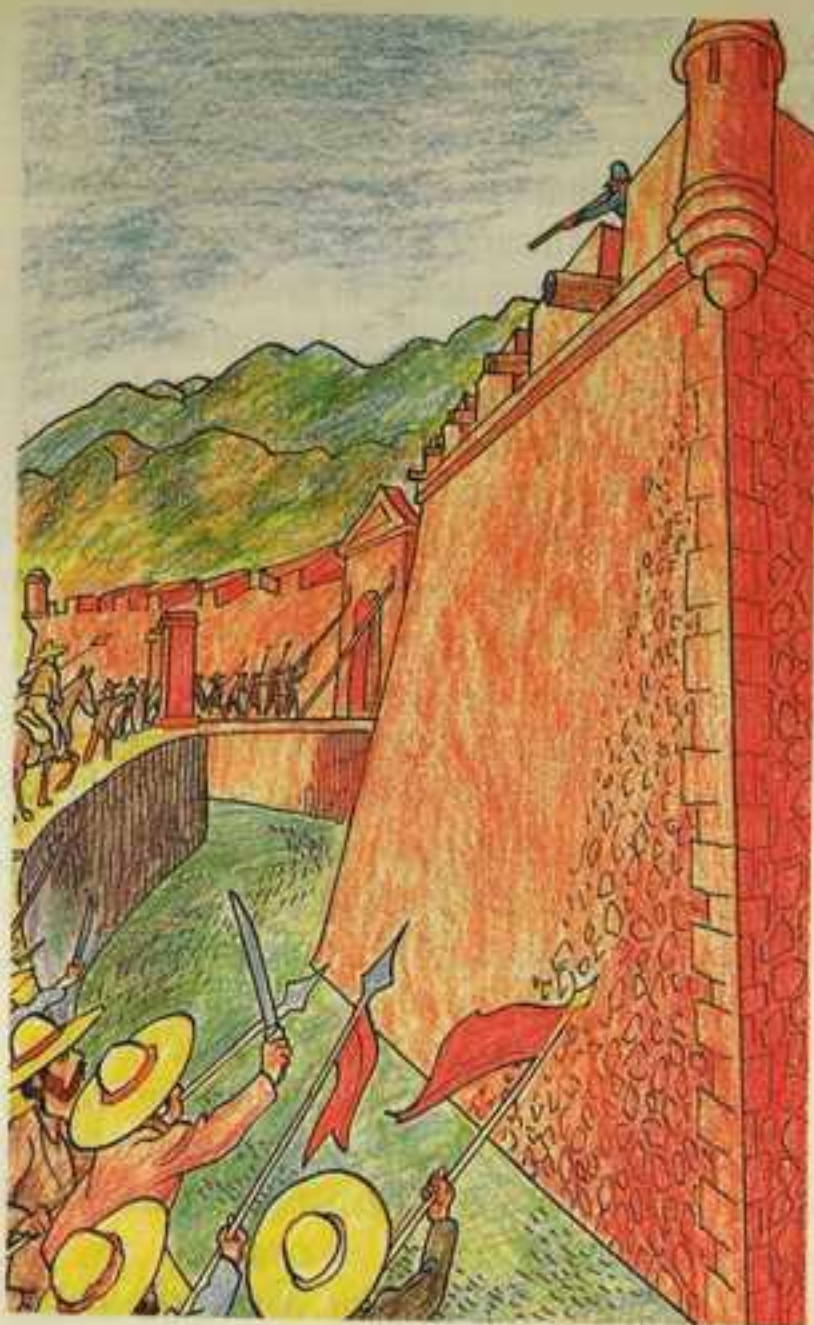


y de su ejército se hacía desesperada a causa del calor, los fuertes aguaceros y las enfermedades. Cuando los realistas estaban a punto de aceptar su fracaso militar y de retirarse, se les terminaron los víveres a los insurgentes. Cada día que pasaba perdían la esperanza de recibir ayuda del exterior. Se dice que Morelos organizaba fiestas tratando de levantar el ánimo de sus soldados. Incluso había una banda de música que tocaba después de cada cañonazo del enemigo.

El 28 de abril de 1812 Morelos ordenó que todos guardaran silencio, para que al día siguiente pudieran romper el sitio sin que al enemigo le extrañase que no hubiera ruido. Pero Calleja fue informado de esto por dos desertores.

A las dos de la mañana comenzaron a salir de la ciudad en completa oscuridad. A la vanguardia iba Hermenegildo Galeana; después iba la tropa, armada con picos, hachas y lanzas; en seguida, la población civil. A la retaguardia iban la tropa, bien armada, y la artillería, al mando de Morelos. Al ser descubiertos, los insurgentes se vieron atacados por diferentes puntos. Galeana logró llevar hasta un lugar seguro a gran parte de la población civil.

Más tarde se enteró por su sobrino Pablo



Galeana de una triste noticia: su hermano José Antonio y su sobrino Luis, quienes formaban parte de la escolta de Morelos que iba a la retaguardia, habían muerto al evitar que éste cayera prisionero. También supo que su viejo amigo Leonardo Bravo había sido hecho prisionero y llevado a México para ser juzgado y sentenciado. El 31 de septiembre de 1812 Leonardo Bravo y dos de sus compañeros fueron ejecutados en la ciudad de México.

Para desgracia del virrey, de Calleja y del ejército realista, el prestigio de los insurgentes, de sus jefes y del general Morelos aumentó cuando se supo que durante setenta y dos días habían resistido el ataque de un enemigo superior en número y en armamento.

—GALEANA ES NOMBRADO MARISCAL DE CAMPO

Don Hermenegildo siguió dando muestras de valor; ocupaba siempre el punto de mayor peligro. Al morir Leonardo Bravo, que era el segundo de Morelos en el

mando, era él la persona más indicada para ocupar su lugar. Sin embargo, a pesar de que Morelos había manifestado cuánto apreciaba los méritos de Galeana, nombró a Mariano Matamoros para sustituir a Leonardo Bravo, porque, según señaló, Galeana no sabía leer. Pero ambos recibieron el título de mariscal de campo.

Después de permanecer unos días de la ciudad de Tehuacán, reorganizando el ejército, partieron a tomar la ciudad de Oaxaca. Desde Etlá, Morelos envió una carta pidiéndole a los realistas que se rindieran. Hubo pánico entre la población. El obispo Bergosa, enemigo de la insurrección y el cual había organizado un batallón para defensa de la ciudad al que llamaban *Batallón de la mermelada* por el color morado de sus uniformes, había huido ante la vista del ejército insurgente.

A las once de la mañana del día 25 de noviembre de 1812 se inició el asalto a la ciudad de Oaxaca. Todas las columnas del ejército fueron avanzado por diferentes rumbos. A las dos de la tarde entraba Morelos a la plaza mayor. A Hermenegildo Galeana le tocó avanzar por el centro de la ciudad y atacar al convento de



Santo Domingo, en donde se habían fortificado más de trescientos realistas.

La toma de Oaxaca aumentó considerablemente el territorio que dominaban los independientes. Morelos había nombrado autoridades, empleados civiles y militares; cobraba impuestos para mantener a la tropa en una región insurgente formada por el centro y el sur de Veracruz, toda la provincia de Oaxaca hasta la frontera con Guatemala, gran parte de las provincias de Puebla y México y la provincia de Michoacán hasta Colima, con excepción de Acapulco.

Después de casi un mes de permanecer en Oaxaca organizando un gobierno civil, acuñando monedas e imprimiendo periódicos para difundir las ideas de la independencia y para dar a conocer los triunfos obtenidos, Morelos decidió salir a tomar el puerto de Acapulco en vez de avanzar hacia la ciudad de México, como se lo pedían sus partidarios. La razón de esta decisión fue, quizá que Morelos recordó cuando Hidalgo, al nombrarlo su lugarteniente, le pidió que se adueñara de la plaza de Acapulco, que era un importante centro comercial.

Las tropas insurgentes se aproximaron al

puerto en los primeros días de abril de 1813. Morelos disponía únicamente de mil quinientos hombres y de muy escasa artillería, mientras que los realistas al mando de Pedro Vélez contaban con noventa cañones y con el auxilio de varios buques que les llevaban víveres. Además estaban protegidos por las fortificaciones y por las obras de defensa del puerto, así como por los muros del Castillo de San Diego que parecían imposibles de alcanzar.

Los insurgentes se dividieron en tres columnas. La de Hermenegildo Galeana, que después de un duro combate, tomó el cerro de Las Iguanas y la Casa Mata. La pérdida de estas posiciones obligó a los realistas a concentrarse en la plaza. Atacados por todos lados, los realistas y la población civil corrieron a refugiarse al Castillo de San Diego.

A pesar de los éxitos alcanzados por los insurgentes, los defensores del castillo continuaban sosteniéndose, gracias al auxilio que recibían desde la isla La Roqueta, razón por la cual se decidió tomar ese punto. Fue el joven coronel Pablo Galeana, sobrino de don Hermenegildo, el escogido para realizar esta acción.

La isla estaba defendida por una compañía de infantería, tres cañones, dos lanchas, catorce canoas y la goleta Guadalupe. Durante la noche, Galeana pudo hacer cuatro viajes, sin ser visto, para desembarcar a ochenta hombres, con los que sorprendió a los realistas, los cuales aunque intentaron defenderse, fueron hechos prisioneros. La goleta pretendió huir pero fue apresada. La ocupación de la isla obligó a los defensores del castillo a rendirse.

Una vez más, los dos miembros de la familia Galeana, Hermenegildo y Pablo, se distinguieron por su valor y su arrojo.

Después de la toma de Acapulco, Morelos quiso que se reunieran los jefes insurgentes, quienes luchaban en diferentes puntos para organizar un gobierno nacional. Les escribió pidiéndoles que fueran a Chilpancingo, para que ahí formaran un Congreso.

Ya reunidos, se convocó a elecciones para designar diputados y al representante del Poder Ejecutivo. Este cargo recayó en Morelos, quien juró defender los derechos de la nación y desempeñar lo mejor que pudiera el cargo que le habían designado.

Para celebrar el que ya hubiera un gobierno

insurgente hubo fiestas y un desfile; los soldados, que hasta entonces habían andado casi desnudos, vistieron uniforme de manta; Morelos, Hermenegildo Galeana y los jefes insurgentes se pusieron sus uniformes de gala. Todos estuvieron de acuerdo en que aquel día era el más feliz de su vida.

Mientras el Congreso se ocupaba en hacer las leyes que regirían a la nación para cuando fuera libre e independiente, Morelos decidió salir hacia Valladolid —su ciudad natal—, para designarla sede del Congreso y cuartel general de las tropas insurgentes.

Al llegar a la ciudad, Morelos le pidió al comandante realista que se rindiera. Como no obtuvo respuesta ordenó el ataque general.

Hermenegildo Galeana y Nicolás Bravo obtuvieron un triunfo inmediato en una de las entradas de la ciudad. Todo parecía favorecer a los insurgentes. Sin embargo la llegada de Agustín de Iturbide, con numerosos refuerzos, cambió toda la situación. Iturbide atacó de noche al campamento enemigo, causándole graves daños al ejército insurgente. Hubo tal confusión que las tropas de Morelos pelearon

entre ellos mismos. Acabaron huyendo en completo desorden.

Pocos días después de este desastre, Morelos decidió presentar batalla a los triunfantes realistas al mando de Agustín de Iturbide, Mariano Matamoros fue el encargado de dirigir la batalla. El fracaso fue completo para el ejército insurgente. Lo poco que les quedaba de armamento se perdió y lo peor de todo fue que Matamoros cayó prisionero, siendo fusilado pocos días después.

Las tropas insurgentes ya no volvieron a reunirse como ejército; se dispersaron en grupos pequeños que andaban de un lugar a otro sin rumbo fijo.

Al poco tiempo, Galeana decidió separarse para ir a su tierra natal. Estaba decepcionado porque una vez más se le había negado, por no saber leer, ser el segundo en el mando después de Morelos. Se dice que Galeana dijo en esa ocasión:

—Pues bien, señor, ¡aquí me separo! Voy a sembrar algodón como siempre lo he hecho. . . Todo se ha perdido porque usted se ha fiado de hombres que no debía para el mando. Yo

no podré escribir, es verdad, pero sé cómo atacar un ejército enemigo.

Morelos lo consoló y le habló sobre su amistad; le pidió que continuara en la lucha.

Y así lo hizo, pero desde su hacienda El Zanjón. Un día su hacienda fue atacada por numerosas fuerzas realistas y Galeana tuvo que batirse en retirada. Al huir en su caballo, pasó bajo las ramas de un árbol, una de ellas lo golpeó en la cabeza y lo hizo caer a tierra. Inmediatamente lo rodeó el enemigo. Intentó defenderse pero un soldado le disparó un tiro que le atravesó el pecho. Su cabeza fue puesta en lo alto de un palo en la plaza de Coyuca. El comandante realista ordenó bajarla, diciendo: "Esta es la cabeza de un hombre honrado y valiente".

Fue así como el 27 de julio de 1814, murió Hermenegildo Galeana, quien puede decirse que, fue derrotado pero jamás fue vencido.



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA (INEHRM)

Secretaría de Gobernación

Coordinación:

Juan Rebolledo Gout

Begoña C. Hernández y Lazo

Texto:

Ruth Solís Vicarte

Ilustración:

Alberto Beltrán

Diseño:

Alvaro Vargas

Asesoría:

Ruth Solís Vicarte

Cuidado de la edición:

Silvia Alejandra Peláez Polo

ISBN 968-805-320-1



Biblioteca de la
Revolución Mexicana



DEVOLUCIÓN

Se terminó de imprimir en el mes de marzo de
1986 en los Talleres de Artes Gráficas G. y G.
S.A. Su tirada fue de 10,000 ejemplares

I
F1208
H47
EJ-3
RU-3925

